

no obstante reconocer la validez de la elección de Alejandro, reservaron la decisión á sus reyes de acuerdo con la Iglesia (1). Por donde se ve que así en el partido de Alejandro como en el de Federico se reconocía la importancia política de la cuestión que dividía la cristiandad. Los dos reyes celebraron un concilio en Tolosa para hacer una declaración solemne de sus intenciones; asistieron en persona, con los grandes de sus reinos, Enrique II y Luis VII; concurren también representantes del emperador y del rey de España, así como los legados de ambos papas; y de comun acuerdo con los príncipes y sus Iglesias, fué reconocido Alejandro y declarado cismático Octaviano (2).

La gratitud de Alejandro á los reyes de Francia y de Inglaterra dividió la cristiandad en dos campos. El emperador de Alemania empleó toda su influencia para prevenir el cisma y para reconciliar á los dos reyes con el papa de su elección, aún después del concilio de Tolosa. Luis VII era un espíritu débil y sujeto á las impresiones del momento, y un ligero desacuerdo con Alejandro le llevó al lado de Federico. El emperador se aprovechó de esta coyuntura, y escribió á Luis VII en los términos más afectuosos, pidiéndole una entrevista para terminar el cisma que desgarraba la Iglesia: "Ardía en deseos de verle, le decía, y de gozar del placer de una conversacion familiar," (3). Federico tuvo buen cuidado de apoyar sus negociaciones con argumentos más graves: escribió al canciller de Francia, Hugo de Champ Fleury, obispo de Soissons, para que aconsejara al rey que no recibiese al cismático Alejandro, porque de ello podría originarse una enemistad, difícil de borrarse, entre la Francia y la Alemania (4). Luis VII consintió en ver al emperador, con gran disgusto de Alejandro, el cual temía la influencia que podría ejercer en el rey de Francia el fuerte espíritu de Federico. El papa suplicó al obispo de Soissons para que impidiese una reunion que podría ser funesta á la Iglesia y al rey (5). Y no era infundado el temor

(1) El arzobispo de Cantorbery escribía á Enrique II: «Itaque super ea que proposita sunt, non quidem iudicatum est, quia nec licuit; non statutum aliquid in præjudicium regie majestatis, quæ non debuit; sed quod licuit, quod debuit, consilium, Deo teste et iudice formatum est, etc.» (BOUQUET, XVI, 504).

(2) MANSI, t. XXI, p. 1155.

(3) «Desiderio desideravimus faciem tuam videre, et familiaritatis tue perfui dulcissima allocutione» (BOUQ., XVI, 23).

(4) BOUQUET, XVI, 202.

(5) *Epist. ad Hugon. Suesston. Episc.* (BOUQUET, XV, 783).

de Alejandro. Luis VII dió plenos poderes al conde de Champagne para negociar con el emperador, y aquél, traspassando quizás las intenciones de su señor, adquirió el compromiso de reconocer al papa alemán: los príncipes cristianos debían reunirse en San Juan de Launé, cerca de Dijon; allí oirían á los dos pontífices, y aquel que se negase á comparecer sería condenado. Federico estaba tan seguro del éxito, que no vaciló en escribir á sus partidarios que el rey de Francia aceptaría al papa Víctor: San Juan de Launé iba á ser el contrapeso de Pavia (1). Alejandro permaneció incontrastable, y rehusó someter el derecho divino de la santa sede á la decisión de las potestades seculares. Luis retrocedió en el último momento: partidario irresoluto de Alejandro, fué también débil aliado de Federico. Conmovióse el mundo católico por lo que iba á pasar en Launé. El hermano del rey, arzobispo de Reims, habló á Luis VII en nombre de la Iglesia universal y en el de su propia salvación. El duque de Borgoña le escribió que permaneciera firme, añadiendo que, si el emperador le declaraba la guerra, lo tendría á él de su parte y que muchos príncipes alemanes hostiles á Federico harían otro tanto (2). Los enemigos del emperador gozaban con las divisiones religiosas que debilitaban el poder de aquél: el rey de Hungría declaró á Luis VII que él rechazaba al papa alemán, y que si el rey de Francia permanecía fiel á Alejandro y por ello hacía guerra á Francia el emperador, por su parte invadiría y devastaría la Alemania (3). Luis VII no pudo resistir á tantas instancias, y una palabra imprudente de Reinaldo, arzobispo de Colonia, le dió motivo ó pretexto para romper las conferencias. Más altivo ó ménos político que su señor, el canciller del imperio dijo á Luis VII que Federico no venía á discutir la validez de la elección pontificia, que el concilio de Pavia había decidido y no restaba más que someterse á su decisión, y que el emperador no pensaba en reconocer á los reyes el derecho de aprobar la elección de los papas, derecho que pertenecía esencialmente al jefe del imperio. Luis VII, lastimado por aquellas pretensiones, dijo

(1) Carta de ENRIQUE, arzobispo de Reims, hermano de Luis VII (BOUQUET, XVI, 30). Véanse también las cartas de FEDERICO al arzobispo de Lyon y al duque de Lorena (BOUQ., XVI, 690, 691).

(2) *Epist. BERTHOLDI, Burgundie ducis ad Ludovicum* (BOUQUET, XVI, 34).

(3) *Epist. GEYSE, Regis Hungaricæ ad Ludovic.* (BOUQ., XVI, 27).

que Federico no cumplía sus compromisos; montó á caballo y se salvó como un estudiante gozoso con echarse fuera de un mal paso (1). Indignado Federico de semejante ligereza, prorumpió en amenazas contra la Francia (2); pero la guerra contra los Lombardos absorbió todas sus fuerzas. Era en las llanuras de la Lombardia donde debía decidirse el gran proceso que agitaba á la Europa entera. Alejandro, gozoso con el retorno de Luis VII, se deshizo en acciones de gracias (3); y los grandes de Roma y de Italia que seguían el partido del papa felicitaron al rey de Francia por el servicio que había hecho á la Iglesia (4). Continuó, sin embargo, Luis VII siempre débil é irresoluto, y Federico no desesperó de atraerle nuevamente á su lado. Tres años después de la ruptura de las conferencias de Launé se renovaron las negociaciones. Se había puesto Alejandro á la cabeza de la liga lombarda, y hacía abiertamente la guerra al imperio; Federico representó vivamente al príncipe francés lo odioso de aquella conducta, diciéndole que los Lombardos eran rebeldes, y, por consiguiente, el papa era el jefe de los rebeldes. ¿Cómo podía el rey de Francia dar su apoyo al enemigo público del imperio? (5). Si hemos de creer á un cronista, Luis VII estuvo á punto de ceder (6). ¿Cuál era la causa de aquel nuevo cambio?

Graves disensiones habían surgido entre el rey de Inglaterra y el arzobispo de Cantorbery. Federico se apresuró á fomentar aquella disension acercándose á Enrique II y proponiéndole el matrimonio de su hijo con la primogénita del rey de Inglaterra: era dar un paso para una íntima alianza. Grandemente irritado Enrique II con la oposición tenaz y puntillosa de Tomas Becket, no veía ya en Alejandro más que el protector del hombre que envenenaba su existencia; quejóse amargamente de que el papa protegía á un traidor, diciendo que merecía mejor tratamiento de la

corte de Roma (1) é insinuando amenazas de que abandonaría el partido de Alejandro si el santo padre no le libraba de su enemigo mortal; comunicó aquella grave resolución á Reinaldo, canciller del imperio (2), pidiéndole un salvoconducto para los diputados que debían llevar su *ultimatum* á Roma. Los embajadores ingleses asistieron á la dieta de Würzburg, donde, en presencia de Federico, contrajeron el compromiso solemne de seguir el partido del emperador en el cisma que desgarraba la cristiandad (3). Si Enrique II hubiese ratificado aquellas temerarias promesas, la causa de Alejandro podía darse por perdida, y con ella la libertad de la Iglesia y aún la de la independencia de los reyes; pero las intenciones del rey de Inglaterra eran ménos hostiles que su lenguaje: quería aterrar á la corte de Roma y arrancar de ella la condenación de su adversario. El soberano pontífice, aún cuando convencido de la justicia de las pretensiones de Tomas Becket, resistía á sus exigencias y trataba de calmar al rey por medio de concesiones. El arzobispo de Cantorbery censuraba agriamente aquellas debilidades de la corte de Roma, sin apercibirse de que la política de Alejandro estaba inspirada en el interés mismo de la Iglesia; porque si Enrique II, irritado hasta el despecho, se hubiera aliado á Federico, hubiera arrastrado consigo al inconstante Luis VII, y la cristiandad hubiese quedado en manos de un solo hombre, el emperador.

Enrique II permaneció fiel á la Iglesia. Federico trató todavía de atraerse al rey de Francia por medio de una alianza de familia, pero el papa desbarató sus proyectos (4). La guerra del sacerdocio y del imperio se decidió en Lignano. Federico se vió obligado á solicitar la paz; bien hubiera querido dividir á sus enemigos y tratar solo con Alejandro, excluyendo de la negociación á los Lombardos; pero el papa comprendió que su fuerza se hallaba en su alianza con las ciudades italianas, y que si se separaba de ellas, quedaba á merced del emperador. Y Federico tuvo que negociar con súbditos rebeldes. Pero el interés que dominaba en aque-

(1) Respecto á las conferencias de Launé hay relatos contradictorios; nosotros nos hemos atenido á las cartas que quedan del mismo Federico y de los partidarios de Alejandro. Véase a RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, pág. 150, FLEURY, *Hist. Eccl.*, lib. LXX, § 60.

(2) «Vehementer irritatus, intentans Francigenis bellum.» HELMOLDUS, *Chron. Slavon.*, c. XC (BOUQUET, XIII, 740).

(3) Véanse sus cartas á Luis VII en BOUQUET, XV, 780, 784.

(4) BOUQUET, t. XVI, p. 32, 33, 54.

(5) *Epist. RAYNALDI ad Ludovicum* (BOUQUET, XVI, 120).

(6) El analista sajón dice que Raynaldo, arzobispo de Colonia, fué bien recibido de Luis VII, «et fere impetrata causa pro qua venerat» (LEIBNITZ, *Accessiones historice*, t. I, p. 308).

(1) *Epist. ad Raynald.* (BOUQUET, XVI, 255).

(2) *Epist. ad Raynald.* (BOUQUET, XVI, 255).

(3) GUILLERMO DE MALMESBURY lo dice positivamente. Véanse las fuentes en MANSI, XXI, 1220. También lo dice Federico en una carta al conde de Champaña (BOUQUET, XVI, 693).

(4) Carta de ALEJANDRO á Enrique, arzobispo de Reims, 1171 (BOUQUET, XV, 901).

lla gran lucha era el del papado más bien que el de la libertad de Italia; y esto nada lo prueba mejor que las conferencias que prepararon la paz: en ellas es el soberano pontífice el que representa el principal papel, es el árbitro de los destinos de la Europa, y ante él se humilla el emperador, haciendo pública confesión de sus errores (1). Últimamente, es un concilio general donde se confirma la paz definitiva de la cristiandad.

Pero aquella paz no era más que una tregua; había de ambas partes pretensiones inconciliables: de una y otra se aspiraba á la monarquía universal; se había ensayado una especie de partición, haciendo del papa el jefe espiritual y del emperador el jefe temporal de la cristiandad; pero la soberanía no se divide: harto lo prueba la lucha de Federico y de Alejandro. El emperador, para sustraerse á la dominación del poder espiritual, trató de subordinárselo. La Iglesia, por su parte, no encontró más que un medio de sustraerse á la dominación del poder temporal, el de subordinarse. El más poderoso de los papas va á realizar ese medio. Decir que Inocencio III fué el monarca universal sería decir demasiado; pero es lo cierto que aparentemente es el que domina, y en realidad, toda la política se concentra en Roma.

III.

Inocencio III fué elegido el 8 de Enero de 1198. Desde el primer año, desde el primer día de su pontificado dirige sus miradas y sus designios sobre toda la cristiandad; y no son los asuntos espirituales los que le ocupan, son los intereses políticos casi exclusivamente. Comienza por hacerse dueño de su casa, expulsando á los Alemanes del patrimonio de San Pedro; se pone á la cabeza de la liga toscana, y conserva las relaciones creadas por Alejandro con la liga lombarda. El heredero de los Hohenstaufen era un niño; su madre lo puso bajo la protección del papa y el reino de Sicilia bajo la estrecha dependencia de la santa sede. Inocencio, al consolidar el poder temporal de los su-

(1) Véase su discurso en MANSI, XXII, 109: «Tetus mundus evidenter agnoscat quod licet nos Romani imperii dignitate et gloria fulgeamus, tamen a nobis humane conditionis proprium dignitas romana non abstulit, nec ignorantie vitium majestas imperialis excludit... Ecce enim Dei Ecclesiam, quam credebamus defendere, impugnavimus; et quam sperabamus extolere, pene destruximus.»

cesores de San Pedro, no perdió de vista el gran asunto del papado, y predicó á los reyes y á los pueblos la guerra santa. La cristiandad contaba en su seno con enemigos no menos peligrosos que los Turcos: el Mediodía de la Francia estaba á punto de separarse de Roma; allá envió Inocencio á los monjes del Cister para convertir á los herejes: obra santa en apariencia, pero en el fondo tiranía por parte de una Iglesia que no quiere dejar ninguna independencia á la razón, y además, sangre inocente vertida para mantener la unidad católica. Aquellos humildes monjes llevaban poder para obligar á los príncipes á prestarles auxilios; bajo pena de excomunión y de entredicho, los señores debían purgar sus tierras de los herejes que las manchaban (1).

Combatir las herejías y armar al mismo tiempo la cristiandad contra los infieles era ya una obra inmensa; pero no era bastante para el genio ambicioso de Inocencio, cuya atención se dirigía al mismo tiempo sobre el Norte y el Mediodía de la Europa. En la Noruega, un rey salido de la clase más oscura del pueblo demostraba poco respeto á las libertades de la Iglesia, y los rayos de Roma perdían su fuerza en aquellas apartadas regiones; Inocencio recurrió á un medio más eficaz: armó á los reyes de Dinamarca y de Suecia, enemigos naturales de la Noruega, contra el tirano del Norte. En España, el rey de Leon había contraído sucesivamente dos matrimonios contrarios á las leyes de la Iglesia; Inocencio no quería que los príncipes se eximieran de las reglas impuestas á todos los fieles; y obligó á Alfonso á separarse de su mujer. El rey de Portugal rehusaba pagar el tributo prometido por su padre, y se vió obligado á ceder (2).

Una cuestión mucho más grave, y en la que estaba empeñada la existencia misma del papado, se agitaba en Alemania. El nieto de Federico Barbaroja era un niño; los príncipes alemanes estaban divididos, unos á favor de un Hohenstaufen, Felipe de Suabia, otros á favor de Oton de Sajonia. La lucha no se circunscribió á la Alemania. Oton era sobrino de Ricardo Corazón de Leon, y el rey de Inglaterra se unió á los enemigos que los orgullosos Hohenstaufen tenían en Alemania y en Italia,

(1) Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) INNOC., *Epist.* I, 383; I, 92. Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

para empeñar al papa á que confirmase la elección de un príncipe amigo de la Iglesia (1). Pero el rey de Francia no podía permitir que el sobrino del rey de Inglaterra ocupase el primer trono de la cristiandad, y el mismo año en que Inocencio fué llamado á la silla de San Pedro, verificaron una alianza contra Oton, Felipe Augusto y Felipe de Suabia (2). El interés del papa era evidente: después de la larga lucha de Alejandro III contra Federico I, y después de las brutales violencias de Enrique VI, hubiese sido una locura llamar á uno de sus descendientes para que fuese el defensor de la santa sede; Inocencio se pronunció á favor de Oton, y dió á conocer su decisión á los príncipes del imperio y á los reyes de Francia y de Inglaterra. Fácil le era hacer aprobar la elección de Oton á su tío Juan Sin Tierra; pero ¿cómo persuadir á Felipe Augusto de que redundaba en su interés la elección de un enemigo de su raza? Inocencio le escribió cartas las más afectuosas: «Le preocupa mucho el asunto del imperio, pero le afecta más el honor del rey; no comprende que pueda haber desacuerdo entre la Francia y la santa sede; la grandeza del papado está ligada á la grandeza de la Francia; ¿cómo el papa había de concebir el pensamiento de perjudicar á su rey? Léjos de ello, lo que desea es acrecentar su poder y aumentar el brillo de su corona. La elección de Oton no significaba hostilidad ni podía causarle perjuicio; mucho más tendría que temer de la ambición de los Hohenstaufen: ¿ignoraraba, por ventura, que Enrique VI consideraba ya á la Francia como una provincia del imperio?» (3). Felipe Augusto no se dejó convencer por aquellas protestas de amistad. Espíritu positivo, vió que la consecuencia inmediata de la elección de Oton era un peligro para él: ¿podía acaso luchar á la vez contra sus barones, contra la Inglaterra y contra la Alemania? En una carta punzante y altiva declaró al papa (4) que no le convenían sus razones y que continuaría tratando al protegido de la santa sede como enemigo. También se rebelaron en Alemania contra Inocencio los partidarios de los Hohenstaufen. El papa no podía contar más que con la Inglaterra para vencer aquella universal resistencia, y Juan Sin

Tierra era un príncipe débil y cobarde. El soberano pontífice no cesaba de apremiarle y de estimularle; alguna vez solía salir de su indolencia el desdichado rey, y enviaba subsidios á Oton, animaba á sus partidarios y prodigaba favores á la poderosa ciudad de Colonia; pero volvía á caer muy pronto en su vergonzosa molición (1). Á pesar de los esfuerzos del papa, Oton estaba perdido, cuando el asesinato de Felipe de Suabia dió ganada la causa á Inocencio.

Mientras que la doble elección de Felipe y de Oton traía dividido á todo el Occidente, el papa intervenía en todas las naciones de Europa, en unas partes por la conservación del orden moral, en otras por el interés de las cruzadas ó por el engrandecimiento de la santa sede. Las cruzadas ponían al papa en relación con los dos mundos; y para dar un golpe decisivo, trató de vencer los obstáculos que encontraban los cruzados, unas veces en la rivalidad con los príncipes cristianos que reinaban en Asia y otras veces en la mala voluntad de los emperadores griegos. Al efecto escribió al rey de Chipre, al conde de Trípoli, al príncipe de Antioquía y á los grandes maestros de los Templarios y de los Hospitalarios. La negociación con el imperio griego era más delicada: el cisma entre Roma y Constantinopla continuaba, y los Griegos desdénaban las órdenes de la santa sede; pero Inocencio apeló á los sentimientos que debían animar á un cristiano en presencia de los peligros que corría la Tierra Santa, y apeló también á la unidad que debía reinar en la Iglesia, una por su esencia. Nada más curioso que la correspondencia sostenida entre el papa y el emperador á consecuencia de aquellos primeros pasos. La discusión, aparentemente, era teológica: el obispo de Roma cita textos de la Sagrada Escritura para demostrar la supremacía de la Iglesia romana; el emperador cita otros que imponen á la Iglesia el deber de respetar los poderes establecidos. El debate, en el fondo, versaba sobre la pretensión de Roma á la dominación universal y la repugnancia invencible que los descendientes de los Helenos tenían á someterse al yugo de aquellos á quienes llamaban Bárbaros; el concierto era imposible. Los príncipes del Occidente no tenían esos escrúpulos, y se anticipaban á la ambición del soberano pontífice,

(1) INNOCENCIO III, *Regist. de Imperio, Epist.* III, 8.

(2) RYMER, *Federa*, t. I, p. 70.

(3) INNOCENCIO III, *Regist. de Imperio, Epist.* XLVII, LXIV.

(4) INNOCENCIO III, *Regist. de Imperio, Epist.* LXIII.

(1) LAPPENBERG, *Geschichte von England*, III, 332 y siguientes.

solicitando unos su apoyo ó su intervencion y pidiéndole otros la corona real (1). Inocencio se mostraba digno de reinar sobre el mundo. El rey de Francia, al cual profesaba un profundo afecto, extraviado por su pasión, repudió á su legítima mujer y contrajo nuevo matrimonio; el papa no vaciló en combatir á Felipe Augusto; y como no cediese el rey á las amenazas, lanzó el entredicho sobre todo el reino y le obligó á entrar en su deber.

Crecían las pretensiones de Inocencio con su poder. Desgarraba la guerra á la Francia y la Inglaterra; y como la división de los cristianos daba fuerza á los infieles, el papa se creyó en el deber de imponerles la paz: "La guerra, dijo, es un pecado, puesto que procede de las malas pasiones de los hombres, y suelta la rienda á todos los culpables instintos que hay en la humana naturaleza. El soberano pontífice tiene, por consiguiente, el derecho, tiene el deber de intervenir." (2). Aquello era proclamar la soberanía universal y absoluta del papado. Como quiera que todas las acciones humanas tengan un lado moral, según la doctrina de Inocencio, todas caen bajo la jurisdicción de la Iglesia. Pero el papa tropezaba en aquella ocasión con intereses opuestos y con pasiones rivales; el rey de Francia y sus barones rechazaron con altivez las imposiciones del soberano pontífice. Hubo más: los mismos cruzados, que con tantos esfuerzos había reunido Inocencio, se sustrajeron á su dirección; y en vez de libertar el sepulcro de Cristo, se fueron á conquistar un imperio cristiano, despreciando las reiteradas prohibiciones de la santa sede. La toma de Constantinopla conturbó el ánimo tan firme de Inocencio: no sabía cómo armonizar el éxito milagroso de los cruzados con su desobediencia; veía de otra parte el juicio de Dios en la derrota de una raza cismática, en la victoria de los verdaderos creyentes. Aceptó el hecho consumado; y como diestro político, procuró sacar de él el partido más ventajoso; esperaba que la unidad prevalecería sobre el cisma. ¡Pero vana esperanza! La conquista no hizo más que envenenar los odios de raza y de religión. Constantinopla volvió á poder de los Griegos, y la Tierra Santa quedó en el de los infieles.

(1) Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

El Occidente ofrecía un terreno más favorable á la ambición del papado. Inocencio envió un legado á coronar al príncipe de los Búlgaros; y como el rey de Hungría se mostrase celoso del apoyo que el papa daba á sus enemigos, bastó á Inocencio insinuar la amenaza de que estorbaría la coronación del hijo de aquél para que se calmara su resentimiento (1). Otorgó el título de rey al duque de Bohemia en recompensa de haber abrazado el partido de Felipe de Suabia (2). Un príncipe de Aragón fué él mismo á Roma para poner su reino bajo la protección de San Pedro y recibir del papa la dignidad real. Y otro rey más poderoso, Juan Sin Tierra, para salvar su corona, se vió obligado á ponerla á los pies de Inocencio y hacerse vasallo de la santa sede (3).

Aquella victoria del papa no neutralizó el golpe que sufrió en Alemania. Había hecho, durante diez años, esfuerzos inauditos para alejar del trono imperial á los Hohenstaufen y para colocar en él á Oton; y cuando creía haber llegado al colmo de sus desesos, vió á su protegido convertirse en su enemigo; y para castigarle, se encontró en la necesidad de rehabilitar á Federico II, vástago de los Hohenstaufen, á quien había querido desterrar á la isla de Sicilia y para quien el mundo iba á ser demasiado estrecho. Oton, apenas coronado, se vió excomulgado por el papa. Esto cambió la situación política de la Europa. El rey de Francia se constituyó protector del joven Federico en odio á Oton (4). Y viendo éste en Felipe Augusto su más temible adversario, le atacó, esperando vencer en él al protector de la casa de Suabia y de la santa sede. Para ello se puso á la cabeza de una coalición contra la Francia, cuyos barones, descontentos de su imperioso señor, se unieron también al rey de Inglaterra y á los partidarios de Oton, que, seguros de la victoria, se repartían ya la Francia; pero la batalla de Bouvines destruyó sus presuntuosas esperanzas (5).

Fué aquella batalla un triunfo de la monarquía

(1) *Gesta Innocentii III*, c. LXXVIII.

(2) INNOCENT., *Epist.* VII, 42.

(3) Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(4) Tratado entre Felipe Augusto y Federico II (BOUQ., XVII, 85; *Hist. diplomatice Frederici II*, t. I, p. 227).

(5) El discurso que GUILLERMO EL BRETON pone en boca de Oton antes de la batalla de Bouvines descubre los proyectos y las esperanzas de los coligados (*Philipp.* X, 5^o3 y sig., en BOUQUET, XVII, 252).

sobre el feudalismo, y fué también, en apariencia, un triunfo para la Iglesia. Oton, el emperador excomulgado, no se levantó de aquella derrota, y fué á morir á un rincón oscuro de la Alemania. Pero la victoria de la Iglesia no le resultó ventajosa; fué Federico II el que recogió sus frutos. En medio de la grandeza de Inocencio III se advierten síntomas que anuncian la próxima decadencia de papado; no se eximia éste de las leyes que rigen á todas las instituciones humanas. Todo cambia y se modifica incesantemente en la tierra; y el papado, que había llegado al apogeo de su poder, debía declinar. Todavía ántes de su muerte desplegó Inocencio en toda su magnificencia la dominación espiritual y temporal que la santa sede iba á perder. En 1213 convocó un concilio general que debía reunirse en Roma dos años después; su objeto era restablecer la paz y la armonía en la cristiandad y armarla contra los infieles: era un esfuerzo inmenso para fundar la unidad en los dos mundos. Si el objeto hubiera sido asequible, la monarquía papal hubiese descansado sobre cimientos incontrastables; pero la monarquía universal, con una ó con otra forma, es contraria á los designios de Dios. El concilio de Letran, demostrando el poder de los papas, acreditó también los excesos de aquel poder. Voltaire llama á los concilios el *senado* de la cristiandad. El concilio de Letran era una asamblea de reyes y de príncipes; pero allí faltaba la libertad; un hombre solo dictaba las resoluciones, el soberano pontífice. Jamás había visto Roma un espectáculo tan imponente: 410 obispos, 71 arzobispos, los patriarcas de Jerusalem y de Constantinopla, más de 800 abades y un gran número de procuradores de los ausentes, representaban las iglesias cristianas; de otra parte, los embajadores de Federico II, rey de Sicilia, elegido emperador de Alemania; del emperador de Constantinopla, de los reyes de Francia, de Inglaterra, de Hungría, de Jerusalem, de Chipre y de Aragón, é innumerables diputados de las ciudades y de los señoríos (1). Tanto como concilio era aquello un parlamento, y sus decretos afectaban á la justicia tanto como á la religión. Acababa la Inglaterra de arrancar á su rey la célebre Carta que da origen á su libertad y que ha venido á ser el germen de la del mundo.

(1) «Necnon et aliorum principum et magnatum, civitatum, aliorumque locorum ingens fuit multitudo.» *ABB. URSBERG. Chronic.*, en MANSI, XXII, 955.

Inocencio III lanzó los rayos de la excomunion contra los barones temerarios que habían osado atentar á la autoridad de un vasallo de la santa sede. El Mediodía de la Francia estaba ensangrentado con la más odiosa de las guerras, principiada con el objeto de extirpar la herejía y que terminó despojando á un príncipe de sus Estados. Si hemos de creer al poeta que ha cantado las desdichas de su país, aquella expoliación agitó vivamente á la asamblea. Erigiendo ésta en derecho lo que no era más que un odioso abuso de la fuerza, decretó que si el señor de una tierra descuidaba purgarla de herejías que la infestasen, es decir, si no quería entregar á la hoguera á sus propios súbditos, sería excomulgado, desligados sus vasallos del juramento de fidelidad y sus dominios entregados á la conquista de los católicos, á fin de conservarlos en la pureza de la fe (1). También quiso hacer valer sus derechos Oton contra el emperador Federico, y los Milaneses, declarados enemigos de los Hohenstaufen, sostuvieron la causa del emperador excomulgado y no escasearon promesas; pero fué fácil á sus adversarios derrotar á un príncipe que había violado su juramento tan pronto como lo había prestado. Inocencio había sido muy cruelmente engañado para que pudiera reconciliarse con su protegido, y se declaró á favor del descendiente de los Hohenstaufen (2).

IV.

Inocencio murió en medio de su gloria, pero el gran político debió abrigar en sus últimos momentos grandes temores para el porvenir; había luchado durante diez años para rechazar á los Hohenstaufen del trono de Alemania, y no sin razón, porque apenas fué coronado Federico II, renació la discordia entre el imperio y el sacerdocio. Federico había heredado de su madre el reino de Sicilia y como emperador de Alemania era dueño de la Alta Italia; por lo tanto, el papado se encontraba circuido por una dominación que en el fondo le era hostil, viendo comprometida su independencia y aun su misma existencia como poder temporal. En vano había tratado Inocencio III de ladear el peligro; exigiendo á Federico el compromiso de tras-

(1) *Concil. de Letran*, c. III.

(2) MANSI, t. XXII, p. 1075.